

Apple, Michael W. (1996).
Política cultural y educación
Madrid: Morata.

Apple nos presenta una obra muy compacta tanto en su extensión (apenas 150 páginas) como en su contenido. En ella conjuga el análisis teórico con la evidencia empírica (el capítulo cuarto constituye un claro ejemplo) dando como resultado un texto fácilmente digerible y muy sugestivo. No es su intención entrar de lleno en discusiones teóricas ni prácticas, más bien parece que el autor quiere hacernos llegar un mensaje: *no basta con decir «no», hay cosas que hacer* (p. 96). La obra en sí es un aviso, una llamada de atención con respecto al rumbo que está tomando la realidad social y, concretamente, la educativa.

El libro es una muestra de la preocupación de Apple ante la expansión del discurso y las prácticas de la *nueva derecha* en el contexto educativo. En él, se va desgranando la trama (sus bases sociales, principios y expansión) de un movimiento social que amenaza de lleno, no ya el avance, sino también los logros en cuanto a las conquistas sociales de los menos favorecidos.

Al principio del primer capítulo, Apple ofrece un relato situado en un lugar del tercer mundo que pone de manifiesto la validez, en los tiempos que corren, de

las relaciones económicas a nivel mundial. Con este relato el autor quiere recordarnos algo esencial: económicamente vivimos bajo el capitalismo. En cualquier sociedad capitalista existe la dominación y la explotación, existen diferentes clases sociales,... Y, en fin, la educación no queda a salvo de esas realidades.

No, no queda a salvo. En momentos como los actuales (cuando «parece» que la economía va mal y que el Estado del Bienestar es un lujo innecesario) la educación no podía permanecer al margen. La *nueva derecha*, analizada por Apple en detalle, mezcla de valores neoliberales y neoconservadores, y que agrupa, bajo distintos intereses y deseos, a colectivos dispares (desde teóricos hasta proletarios, pasando por ricos empresarios) ha puesto el punto de mira en lo educativo.

La educación es sólo una forma más de alcanzar lo que parece un sueño, el retorno a un tiempo en que cada hombre se hacía a sí mismo. Para la *nueva derecha*, es preciso «reventar» el papel del Estado (visto desde la *nueva derecha* como protector de los ociosos), inculcar un individualismo feroz (que facilite la asunción del éxito como propio, pero también del fracaso), y restaurar una visión de la familia anclada en valores tradicionales.

En el segundo capítulo de la obra se analiza minuciosamente la posibilidad de un currículum nacional. En el contexto norteamericano y británico (ni que decir tiene que Apple reconoce que en su con-

texto existe un curriculum oculto que se manifiesta en los libros de texto), no existe un curriculum de mínimos como en nuestro Estado, y en los últimos tiempos existe una tendencia hacia su establecimiento. Apple, en principio, no se opone a la idea de un curriculum nacional, ni al establecimiento de un sistema estandarizado de tests de evaluación. Ahora bien, a lo largo de su análisis desvela dos cuestiones básicas que le hacen oponerse a la conveniencia de un curriculum nacional y del sistema de tests: 1) que no existe una cultura común y que por tanto, el curriculum nacional impondría los valores de un grupo social más poderoso y minoritario sobre los otros grupos sociales mayoritarios, pero menos poderosos. El curriculum nacional en la agenda de la nueva derecha es ante todo una tentativa de homogeneizar a los individuos y de legitimar las diferencias sociales; 2) los tests podrían ser objetivos, pero sus resultados no. Esto deviene del hecho de medir realidades distintas con los mismos criterios. La utilidad perversa de los tests nacionales es doble: a) clasificarían al alumnado sin tomar en referencia su realidad social, b) facilitarían datos (esta posibilidad ha sido señalada ya por Elliott) que permitirían comparar las escuelas, y, como consecuencia, se supone (desde una óptica neoliberal) que cada sujeto podría elegir libremente la oferta más provechosa del mercado.

El curriculum nacional, puede presentar según Apple, ciertos aspectos positivos. Por una parte, la posibilidad de actuar

como un reactivo que facilite, ante la presión, las tendencias democratizadoras dentro de las escuelas. Por otra, puede servir de freno a las visiones más neoliberales, al evitar una fragmentación total del sistema educativo ante el imperativo de las apremiantes necesidades laborales.

En resumen, para Apple, el curriculum nacional y los tests beneficiarán a los grupos de poder dejando sin protección a los grupos más desfavorecidos.

En el capítulo III, Apple acomete una tarea doble: 1) ejemplificar cómo la gente «normal», los ciudadanos anónimos se convierten o comulgan con las ideas de la *nueva derecha* y 2) sin entrar de lleno en consideraciones teóricas, la conveniencia de utilizar en el análisis social los postulados de las teorías neogramscianas y postmodernistas. Con respecto a la primera cuestión, Apple a través de una situación real nos desvela el proceso mediante el cual el activismo de derechas gana adeptos. El ejemplo es un aviso de lo «sorda» que puede resultar la burocracia, concretamente la institución escolar, ante las peticiones de la comunidad. Al enfrentar y contraponer la profesionalidad a los derechos y preocupaciones de los padres, el clima, la relación escuela-comunidad llega a radicalizarse de tal forma que lo que en principio eran padres, honestamente inquietos y preocupados, llegan a convertirse en aférrimos detractores de la escuela.

Para Apple, se trata de una forma accidental de aumentar el número de personas de derechas y también de fortalecer

su discurso. Al término del capítulo, señala otras formas más provechosas de resolver ese tipo de conflictos. Lo esencial, es que la escuela pública, para no correr el riesgo de dejar de serlo, tiene que ser verdaderamente pública. Con ese fin debe estar abierta y dispuesta a escuchar a los padres y al resto de la comunidad, pero no en un complaciente «sí», sino con una actitud de discusión que facilite buscar la mejor de las soluciones posibles para los estudiantes y la sociedad.

Con respecto al tipo de análisis, Apple apuesta por conjugar ambas posturas (evitándose así preguntas capciosas) para garantizar un acercamiento vivo a la realidad. Por decirlo de otra forma, toda luz es poca para desvelar los entresijos sociales, políticos, económicos y culturales, ¿entonces, por qué limitarnos? ¿Por qué reducir nuestra capacidad de análisis?

Zenk y Apple analizan, en el cuarto capítulo, en profundidad la realidad económica y social de los Estados Unidos de América. La razón de este análisis es ampliar el punto de vista sobre la relación escuela-trabajo. Según los autores, se suele considerar a la educación, al sistema escolar, como la panacea que puede arreglar y solventar todos los problemas sociales y económicos. Si la escuela enseña determinadas competencias, y valores todo iría a la perfección. Para desmontar ese discurso, los autores han elaborado un retrato estadístico de la problemática social norteamericana, como ejemplo valgan estas dos apreciaciones: «...en 1992, las cuatro quintas partes de

la población de los Estados Unidos ganaban alrededor de la mitad de la renta nacional...» (p. 102), y «...Es un milagro que la inmensa mayoría de los niños pobres permanezcan en la escuela, no cometan delitos y luchan para convertirse en ciudadanos productivos de una sociedad que les garantiza una cama en la cárcel si fracasan (que cuesta más de 30.000 dólares al año), pero rehusa proporcionarles un Head Start -programa de Educación Compensatoria- (por menos de 3.800 dólares al año) o un trabajo en verano (por menos de 1.400 dólares) para ayudarles a tener éxito» (p. 105).

Para Apple y Zenk, el problema del abandono de las escuelas es una faceta (la más conocida) de un problema mayor: la privación de derechos culturales y económicos de gran parte de la población. Las personas no son culpables, aunque se les puede hacer quedar como tales, del desigual reparto económico. Para los autores, la responsabilidad del cierre de empresas no estriba en si hay personas con determinadas destrezas para trabajar, sino que obedece a otras cuestiones como los errores en la gestión y las macrodecisiones económicas.

En este último capítulo, Apple resume lo que ha sido su exposición a lo largo de *Política cultural y educación*. Para ello realiza las siguientes puntualizaciones: 1) que la educación siempre es una cuestión política, por ello la psicologización excesiva de la teoría y la práctica educativa tienen un efecto limitador. No es posible tratar los te-

mas educativos, con seriedad, sin tener en cuenta cuestiones como: las estructuras sociales, las relaciones de raza, género, clase social y religión. 2) Lo que se enseña en las escuelas no puede reducirse a lo meramente práctico, entendido como lo que cada sujeto tendrá que desempeñar, en un futuro, como trabajador asalariado. Para Apple, este tipo de planteamientos suelen ser acrílicos. 3) Apostar por la propia «alfabetización crítica» que haga caer a los que trabajamos en y para la educación en la cuenta de las relaciones complejas que circundan y atraviesan el mundo escolar. 4) «La «mejora» sólo puede justificarse en términos de la relación del sujeto con movimientos sociales específicos» (p. 144). 5) Pero, también, para la mejora las reformas tienen que conectar con la sociedad en su conjunto para evitar quedar aisladas y abocadas al fracaso. Por esa razón, deben superar su ámbito local teniendo siempre el punto de mira puesto en la transformación global de la sociedad.

Pero este último capítulo, al igual que el libro, va más allá. Para Apple, hay que seguir trabajando por transformar la sociedad, y la escuela es un lugar como cualquier otro. Hay que seguir buscando la justicia social.

No nos gustaría dar por concluida esta reseña sin señalar las tres grandes conclusiones que podríamos extraer de *Política cultural y educación*. La primera tiene que ver con el carácter público de la educación. Las instituciones educativas no

pueden vivir como ciudadelas medievales, de espaldas a lo que escapa a sus muros. La escuela, si quiere seguir siendo pública debe replantearse su relación con los padres y la comunidad en general, debe dejar de considerarse como la voz, la única voz válida en la educación de las nuevas generaciones y oír y discutir los planteamientos que surgen desde fuera de la institución. Para Apple este es un principio de actuación básico hasta tal punto que llega a valorar como positivos ciertos elementos de la crítica que sostiene la nueva derecha. Aunque no comparta las soluciones que ésta plantea, sus críticas indican puntos débiles y mejorable de las instituciones educativas.

La segunda tiene que ver con nuestra capacidad de análisis. En educación, siempre ha estado presente y siempre lo estará (después de todo es la solución más fácil), la tentación de buscar una mezcla «mágica» de contenidos y técnicas que resuelvan los dilemas y problemas educativos (y sociales). En la actualidad, el discurso educativo amenaza con saturarse de la discusión en torno a los contenidos y las aportaciones psicológicas más significativas. Ante esta situación Apple, nos recuerda, con una buena narrativa y una base empírica envidiable, que vivimos bajo formas de producción capitalistas y que ellas generan desigualdades insalvables entre los sujetos. Por eso, no debemos dejar de lado los elementos políticos del análisis educativo. A menos que queramos caer en el activismo insulso de llevar agua en cestos.

En tercer lugar, y muy en relación con el punto anterior, Apple renueva la idea de retomar un principio educativo, ¿casi olvidado?, la búsqueda de la justicia social. Educar para conseguir una sociedad mejor. Por supuesto, no se trata de quemar las naves, sino de renovar el discurso sobre la más

elevada de las intencionalidades educativa. En palabras de Whitehead (en Gimeno Sacristán y Pérez Gómez (1992). *Comprender y transformar la enseñanza*. Morata: Madrid. p. 210) *cuando los ideales descienden al nivel de la práctica, el resultado es el estancamiento*.

Juan A. Rodríguez Hernández